

LOS HISTORIADORES Y EL IMPERIO DE LOS GUPTA

DAVID N. LORENZEN
El Colegio de México

RECIENTEMENTE, EL PROFESOR S.R. GOYAL hizo un llamamiento dirigido a lograr un nuevo estilo de historia política de la India antigua, una historia “dedicada no sólo al estudio de los acontecimientos políticos sino también de las estructuras, las instituciones, el ambiente y el poder”.¹ Otros historiadores como Romila Thapar, desde hace tiempo han indicado en sus propios términos la necesidad de una historia política que trate a ésta como la construcción y el uso de estructuras e instituciones de poder.² En realidad, tanto en la India como en otros países se están escribiendo muchas obras nuevas sobre la historia política de la India antigua que tratan de ésta en su sentido más amplio y estructural. Algunos de los nombres que surgen a la mente son Champakalakshmi, Devahuti, S.R. Goyal, P.L. Gupta, D.N. Jha, A.K. Narain, R.S. Sharma, Burton Stein y Romila Thapar.

Aun así, creo que es justo decir que muchos historiadores recientes de la India antigua no alcanzan —ni por la metodología que siguen ni por los temas que investigan— el nivel de muchos historiadores recientes de Europa y el Medio Oriente antiguos. En este ensayo planteo que las razones por las cuales muchos historiadores de la India antigua no logran orientarse hacia temas y enfoques nuevos y más fructíferos provienen no sólo de su incapacidad para ponerse al tanto de las nuevas tendencias y técnicas de la investigación histórica,

¹ S.R. Goyal, “Writing of Political History of Ancient India: New Trends and Prospects”, en un libro compilado por S.R. Goyal que será publicado próximamente.

² R. Thapar, *From Lineage to State*, Bombay, 1984; “Nota sobre análisis interdisciplinarios en la historia antigua de la India”, *Estudios de Asia y África*, 12(1977): 26-36; “Communalism and the Writing of Ancient Indian History”, en R. Thapar, H. Mukhia y B. Chandra, *Communalism and the Writing of Indian History*, 4ª impresión, Nueva Delhi, 1984, pp. 1-23.

como el profesor Goyal ha enfatizado, sino también de la influencia de las ideologías a favor y en contra del imperialismo y del fracaso concomitante de conceptualización adecuada de la estructura del Estado en las diferentes épocas del periodo antiguo.

Hasta aproximadamente 1960, la gran mayoría de los historiadores de la India antigua —para no mencionar a los dedicados a periodos posteriores— se dividió en dos grupos principales: los que compartían un prejuicio en favor del imperialismo británico y los que se oponían a éste.³ Entre los pro-imperialistas se incluían los orientalistas, los utilitaristas y los evangélicos, además de los imperialistas directos. En oposición a ellos estaban los nacionalistas —conservadores, liberales y marxistas—, algunos de los cuales también compartían sentimientos “comunalistas” hinduistas. Desde mediados del siglo XIX en adelante, tanto los historiadores orientalistas como los nacionalistas trabajaron generalmente en un contexto institucional y académico.

Por diversas razones, este contexto exigía que, en su mayor parte, tanto los historiadores pro-imperialistas como los anti-imperialistas escribieran sus historias valiéndose del lenguaje académico objetivo y científico con un mínimo de franca teorización. Sin embargo, cuando volvemos a leer las obras más conocidas de historia que se escribieron antes de 1960, el prejuicio a favor o en contra del imperialismo que contienen, a menudo resulta embarazosamente obvio. Lo que no resulta siempre tan obvio es de qué manera muchas de las historias escritas después de 1960 comparten este mismo sesgo, directamente o con algunas modificaciones. La influencia de estos paradigmas pro y anti-imperialistas inevitablemente sigue teniendo su efecto, en lo fundamental con respecto a los límites dentro de los cuales se lleva a cabo la discusión, aun en el caso de obras que pretenden afincarse conscientemente en nuevos terrenos teóricos.

En el análisis que hago a continuación, me propongo examinar algunas de las manifestaciones típicas de la parcialidad

³ David N. Lorenzen, “Imperialism and the Historiography of Ancient India”, en S.N. Mukherjee (comp.), *India: History and Thought*, Calcuta, 1982, pp. 84-102.

anti-imperialista, nacionalista y ocasionalmente comunalista en las historias del periodo de los gupta escritas por académicos tanto antes como después de 1960. El objetivo consiste en demostrar que estas manifestaciones ofrecen obstáculos importantes, aunque no necesariamente insuperables, para la elaboración de una historia política más analítica y estructural.

En este trabajo presentaré sólo una crítica o una deconstrucción —un *vitanda* en la terminología del sánscrito— de las aseveraciones de varios historiadores por considerarlas lógicamente inconsistentes o bien influidas de manera obvia por la parcialidad ideológica. No trataré de presentar un proyecto de investigación propio. Mi propósito no es criticar a estos historiadores como individuos, sino indicar algunos de los problemas que comúnmente plantea la lectura de obras sobre la historia antigua de la India. Los dos temas principales que se investigarán son, primero, la idea del periodo gupta como una edad de oro y, segundo, las diferentes evaluaciones acerca de cuál fue el carácter del Estado gupta.

Desde que la historia de la dinastía gupta se reconstruyó por primera vez en la segunda mitad del siglo XIX, la era de los gupta se convirtió en un poderoso símbolo de la antigua grandeza para los historiadores nacionalistas indios. Éstos han considerado que ese periodo fue una edad de oro que revela y anticipa la potencialidad que tenía la nación de alcanzar la unidad y la gloria futuras.

Resulta sorprendente que los historiadores pro-imperialistas hayan llegado básicamente a la misma evaluación, quizá porque reconocieron que la idea de una edad de oro situada en el pasado lejano es un símbolo de doble filo que puede servir tanto a las perspectivas imperialistas como anti-imperialistas.⁴ Así, el contraste entre la edad de oro del pasado lejano y la degenerada edad de hierro de la India moderna se ha utilizado para sugerir la existencia de una falla básica en el carácter nacional indio y que condujo a la caída de la gloria del pasado. Dado que muchos historiadores orientalis-

⁴ Sobre este tema, véase R. Inden, "Orientalist Constructions of India," *Modern Asian Studies*, 20(1986), pp. 401-446; Lorenzen, "Imperialism. . .", y R. Thapar, "Communalism. . .".

tas e imperialistas se educaron en los clásicos, estaban aún más predispuestos a tomar como modelos los ejemplos griegos y romanos de una caída trágica de la antigua grandeza. Cualquiera que sea su origen, este amplio consenso a favor de una edad de oro gupta, ejerce aún hoy en día una importante influencia ideológica sobre gran parte de los análisis académicos sobre la historia de los gupta.

Entre los estudios históricos serios sobre el periodo gupta, una de las evocaciones nacionalistas más transparentes del tema de la edad de oro se encuentra en el estudio de A.S. Altekar y R.C. Majumdar titulado *The Vakataka-Gupta Age*, publicado por primera vez en 1946. Altekar termina su introducción con el siguiente elogio:⁵

El panorama anterior de los rasgos y logros de nuestro periodo mostrará que ésta fue sin duda una época muy importante de la historia de la India. En ella se puso fin a la dominación extranjera y a la desintegración política, al mismo tiempo que se desarrolló un Estado poderoso que pudo proteger al país contra la agresión extranjera durante un largo periodo. Los gobiernos de este periodo fueron tanto eficientes como populares y aseguraron la paz y la prosperidad del pueblo [. . .] Las diferentes religiones y sectas vivían en paz y armonía, y el nivel promedio de enseñanza y cultura fue más alto que en cualquier otro periodo de la historia india. A una edad caracterizada por los rasgos mencionados bien se la podría denominar edad de oro de la historia de la India.

En contraste con lo anterior, se puede hacer una comparación con las diferentes representaciones imperialistas según las cuales toda la historia de la India antigua es producto del dominio del gran déspota oriental. Esta concepción, propia de Occidente, deriva de Aristóteles o aun de Herodoto, y ha influido a muchos intelectuales clave de los siglos XIX y XX, como G.W.F. Hegel, James Mili, K. Marx, F. Engels, Max Weber y K. Wittfogel. La última (y quizá la única) historia general importante de la India antigua, escrita desde lo que puede llamarse escuela imperialista madura de historiadores, es *The Early History of India* de Vincent A. Smith, cuya cuar-

⁵ A.S. Altekar y R.C. Majumdar, *The Vakataka-Gupta Age*, 2a ed., Delhi, 1960, pp. 11-12.

ta edición revisada se publicó en 1924. Aunque Smith nunca integró explícitamente sus prejuicios imperialistas en una teoría coherente, los comentarios que citamos a continuación diseminados en su capítulo sobre los gupta dan una idea bastante clara de sus supuestos básicos:⁶

En el siglo IV, la luz brilla de nuevo, el velo del olvido se levanta, y la historia de la India vuelve a tener unidad e interés [. . .]

Desde el momento de su ascenso al trono, Samudragupta asumió el papel de un monarca agresivamente ambicioso y resuelto a aumentar sus dominios a costa de sus vecinos. La opinión pública, tal como existe en Oriente, nunca ha condenado las guerras de agresión y ningún rey que se preocupara por su reputación podía atreverse a permanecer contento dentro de sus propias fronteras. Samudragupta no titubeó en actuar basándose en el principio de que "apoderarse de reinos" es deber de reyes [. . .]

Resulta claro que Samudragupta fue en realidad un hombre de genio, a quien podría con justicia atribuirse el título del Napoleón indio [. . .]

El pilar de Asoka, sobre el cual Samudragupta grabó la historia de su reino, supuestamente se erigió en la famosa ciudad de Kausambi, que [. . .] sin duda fue honrada de vez en cuando con la residencia del monarca. La verdadera capital de un despotismo oriental es la sede temporal de la corte del déspota.

El despotismo oriental, aun en su versión más sofisticada del modo de producción asiático, ha sido rechazado casi en forma unánime por los historiadores más recientes de la India antigua. No obstante, su contrapartida teórica desde un punto de vista nacionalista, la edad de oro, es un concepto que muchos historiadores importantes siguen usando para caracterizar este periodo, algunos subrepticamente y otros abiertamente. Consideremos, por ejemplo, la reciente evaluación del periodo que hace A.K. Narain:⁷

Durante la mayor parte de este lapso, los gupta gobernaron sobre uno

⁶ Vincent A. Smith, *The Early History of India*, 4ª ed., revisada por S.M. Edwards, Oxford, 1962 (esta edición fue publicada por primera vez en 1924), pp. 294, 297-298, 306, 310.

⁷ A.K. Narain, "Religious Policy and Toleration in Ancient India with Particular Reference to the Gupta Age," en Bardwell L. Smith (comp.), *Essays on Gupta Culture*, Delhi, 1983, pp. 17-51 (*n.b.* p. 19).

de los tres imperios más grandes de la India antigua [. . .] La paz y la seguridad, la prosperidad material, la excelencia intelectual, la estabilidad moral y el esplendor artístico de la edad de los gupta pueden compararse favorablemente con las mejores épocas de la historia universal. El impacto de la época se hizo sentir incluso fuera de los límites del imperio gupta en el sur y sureste de Asia, y duró más que el periodo de su propio dominio. Por lo general, se reconoce que uno de los rasgos más asombrosos de esta época, que se conoce como la “edad de oro” o la “edad clásica” de la historia de Asia del sur, es la libertad y armonía religiosas, que marcaron la expresión clásica de toda la cultura india.

Aun cuando los historiadores más recientes han intentado derrocar el modelo de una edad de oro, en realidad éste sigue definiendo los límites y los términos del argumento. D.N. Jha, por ejemplo, intenta subvertir esta edad de oro en su evaluación general de la época de los gupta intitulada “El mito de la edad de oro”.⁸ Este texto representa un reto desde la izquierda, conscientemente polémico pero bien pensado, que Jha plantea a muchos de los historiadores que siguen considerando el periodo mencionado como una edad de oro, cuando no políticamente, al menos culturalmente. Los dardos más escogidos que Jha dirige van contra las instituciones sociales y religiosas de la época, las cuales han sido escasamente criticadas por la mayoría de los historiadores anti-imperialistas, e incluso muchos de los colegas izquierdistas de Jha. Este autor ataca el predominio de varias formas de prostitución femenina, incluyendo la prostitución en los templos; la declinación general del estatus de la mujer; la degradación creciente de los intocables; la discriminación social de los shudra; el uso de la religión para legitimar las desigualdades sociales inherentes al sistema de *varnashrama-dharma*; y el hecho de que el vaishnavismo popular —sin importar cuánto “satisfacía las necesidades de todos los sectores de la sociedad”— también “sustituyó la lógica por la fe”. Jha, además, hace hincapié en el hecho de que la tan ornamentada literatura sánscrita —patrocinada por la corte real— no podía ser entendida de ninguna manera por las “masas no educadas”

⁸ D.N. Jha, *Ancient India: An Introductory Outline*, Nueva Delhi, 1977, pp. 96-116.

y en que ésta alcanzó su máxima expresión en obras de teatro en las cuales “los personajes masculinos principales con un alto estatus social [. . .] hablan un sánscrito refinado y los de un estatus bajo y todas las mujeres hablan prácrito”. En su perorata final, Jha sostiene que “para las clases altas todos los periodos de la historia han sido de oro; para las masas ninguno. La verdadera edad de oro del pueblo no se sitúa en el pasado, sino en el futuro”.

Dejando de lado algunos de los anacronismos obvios inherentes a la polémica de Jha —en definitiva, no se debería juzgar al mundo antiguo según las normas de una utopía socialista futura—, su argumento básico es, no obstante, válido: los principales beneficios del gobierno y de la cultura gupta fueron acaparados por una minoría de la población, mientras que muchos de los elementos de explotación más aguda en los sistemas sociales y económicos de la India medieval tuvieron sus raíces en la época de los gupta. A fin de cuentas, para un verdadero avance en la conceptualización del periodo, obviamente es necesario abandonar ambos modelos, el de la edad de oro y su imagen espectacular, el de la edad de hierro, y remplazarlos por un análisis más complejo y menos moralista.

Un segundo punto, relacionado con el primero y en torno al cual surge a menudo distorsión ideológica en las historias del periodo de los gupta, es el de las diversas evaluaciones del carácter esencial del Estado gupta. Dentro del contexto del medioevo temprano del sur de la India, Burton Stein ha observado que cada uno de los autores de las obras más importantes sobre la historia de los chola “usa la evidencia de manera anecdótica, como si ésta fuera válida estadísticamente”. Hay pocos ejemplos, señala Stein, que sean comparables con las “inconsistencias, distorsiones y generalizaciones mal fundamentadas que uno encuentra en la historiografía del medioevo de la India del sur en cuanto a la naturaleza del Estado”.⁹ Lamentablemente, no es necesario ir más allá de los escritos

⁹ B. Stein, “The State and the Agrarian Order in Medieval South India: A Historiographical Critique”, en B. Stein (comp.), *Essays on South India*, Honolulu, 1975, pp. 64-90 (*n. b.*, pp. 67-68).

sobre el Estado gupta para encontrar confusiones semejantes o peores.

Las evaluaciones modernas del Estado gupta tropiezan con gran frecuencia con la cuestión de hasta qué punto fue un Estado centralizado o descentralizado. Unos pocos ejemplos bastarán para dar una idea general del problema. Aunque el análisis que hago no intenta presentar mi propio punto de vista sobre la naturaleza del Estado gupta, debo al menos señalar que desde mi perspectiva dicho Estado tenía una estructura mucho más descentralizada de lo que han creído muchos historiadores.

Tras la mayoría de las discusiones sobre este problema se esconde una herencia ideológica doble: en parte proveniente de los antiguos ideales del *chakravartin* y del *digvijayin* y en parte del ideal moderno del Estado nacional centralizado (y, con frecuencia, imperialista). Ambos aspectos de esta herencia han predispuesto prácticamente a todos los historiadores —tanto pro-imperialistas como anti-imperialistas— a considerar el Estado centralizado y unitario un ideal positivo, el cual permite juzgar, implícita o explícitamente, tanto la “validez” como la “estabilidad” de cualquier periodo histórico dado. Un periodo en el cual existe un Estado centralizado y unificado es bueno y estable, mientras que otro en el cual sólo hay estados regionales pequeños es malo y caótico. Con este razonamiento regresamos al mismo argumento de la edad de oro contra la edad de hierro. Una complicación adicional es que, mientras que la “estabilidad” se considera algo bueno, el “estancamiento” —sobre todo tal como está implícito en los modelos del despotismo oriental y del modo de producción asiático— se considera algo malo. Por otro lado, algunos historiadores consideran la evidencia de una autoridad descentralizada, normalmente vista como algo malo, como una política de democratización limitada seguida conscientemente, lo cual es bueno. Los efectos de este tipo de evaluaciones morales tan fuera de lugar están a menudo presentes, por lo menos implícitamente, incluso en los escritos de los mejores historiadores recientes.

Romila Thapar no ha escrito en detalle sobre el periodo de los gupta, pero ha publicado dos excelentes análisis cortos,

uno en *Cultural History of India* de A.L. Basham y el otro en su propia obra *A History of India*.¹⁰ Sin embargo, al igual que otros historiadores, esta autora no puede decidir definitivamente si el Estado gupta fue centralizado o descentralizado e intenta sugerir las dos opciones a la vez:¹¹

Superficialmente, la administración de los gupta era semejante a la de los mauryas. El rey era la autoridad máxima y el reino estaba dividido en una jerarquía de unidades administrativas —provincias, distritos y grupos de aldeas— cada una con su propia gama de funcionarios responsables frente al funcionario de mayor rango de la unidad. No obstante, hay una diferencia significativa entre las administraciones gupta y maurya: durante el periodo gupta había mucho más énfasis en la administración local y mucho menos control directo desde el centro. Aun en la administración urbana, los consejos municipales estaban constituidos por los representantes de la opinión y de los intereses locales (personas como los jefes de los gremios y de los grupos de artesanos y comerciantes) en vez de por funcionarios del Estado.

P.L. Gupta pertenece a la escuela nacionalista conservadora de la historia de la India, asociada a R.C. Majumdar y a los autores que contribuyeron a la serie *The History and Culture of the India People*, publicada por el Bharatiya Vidya Bhavan. Los historiadores de esta escuela han sido con frecuencia objeto del justificado ataque de haber fracasado en el análisis crítico de las bases ideológicas de sus fuentes y de haber permitido ocasionalmente que surgiera su parcialidad comunalista e hinduista. Sin embargo, es necesario reconocer que P.L. Gupta ha escrito, no sólo una de las reconstrucciones más cuidadosas de los “hechos” de la historia de los gupta, sino que también ha analizado juiciosamente el carácter del Estado y de la administración de los gupta.¹² A diferencia de algunos historiadores contemporáneos, Gupta en general está dispuesto a aceptar los límites impuestos por la evidencia histórica con respecto a este periodo, y se abstiene de hacer ex-

¹⁰ Romila Thapar, “Asokan India and the Gupta Age”, en A.L. Basham (comp.), *Cultural History of India*, Londres, 1975, pp. 38-50; *A History of India*, vol. 1, Harmondsworth, 1966, pp. 136-166.

¹¹ Thapar, “Asokan India. . .”

¹² Parmeshwari Lal Gupta, *The Imperial Guptas*, 2 vols., Varanasi, 1974-1979.

trapolaciones imprudentes sobre la base de datos insuficientes.

Sin embargo, aun la evaluación por lo general sólida que P.L. Gupta hace del Estado gupta merece algunas críticas. Por ejemplo, mientras describe con gran plausibilidad el imperio típico de la India antigua como “simplemente una confederación de estados” y arguye que tales imperios eran intrínsecamente poco estables, con una unidad que dependía del poder armado del emperador, Gupta cambia inexplicablemente de rumbo y aduce que esa unidad política se lograba *voluntariamente*, cuando los diversos estados independientes de la India antigua enfrentaban la amenaza de las “invasiones extranjeras”:¹³

Fue sólo cuando el país tuvo que enfrentar el serio peligro de las invasiones extranjeras, que la gente pensó en su seguridad duradera y en una unidad definitiva entre los estados bajo un emperador poderoso. India tuvo su verdadero primer gran imperio cuando el país tuvo a los invasores griegos a la puerta [. . .] La necesidad de una unidad imperial volvió a sentirse en las planicies gangéticas sólo después de 500 años de este primer gran experimento. Esta vez los poderosos gupta humillaron la arrogancia del “Hijo del cielo”, los kushana, y arrojaron la ira del rey de los shaka en su propia ciudad.

Aquí, es difícil no sospechar de la influencia de una parcialidad tanto comunalista como nacionalista tras los argumentos de Gupta. Parece razonable suponer que estos invasores “extranjeros” griegos y kushana son, hasta cierto punto, proyecciones hacia el pasado de los musulmanes y los británicos de siglos posteriores. La aseveración de que las dinastías musulmanas de la India medieval eran “extranjeras” es en sí muy tendenciosa. Muchas veces se ha utilizado para sugerir que estas dinastías —y por extensión, los seguidores contemporáneos del Islam— en realidad no son leales a la India. Este argumento no sólo es erróneo, sino que el concepto mismo de “extranjero”, como demostraré más adelante, no es correctamente aplicable a la India precolonial.

Además, si el imperio gupta era “una unión voluntaria o una vaga confederación de estados” en la cual “cada estado subordinado [. . .] gozaba de su propia autonomía comple-

¹³ *Ibid.*, vol.2, pp. 6-7.

ta” —como Gupta expone más tarde— entonces, ¿por qué Samudra Gupta tuvo que gastar tanto tiempo y energía en batallar contra sus socios “voluntarios” y conquistarlos?¹⁴

El uso de la palabra “extranjero” en el susodicho pasaje merece un comentario especial, dado que se trata de un lugar común en casi todos los análisis sobre la India antigua, por no mencionar los de la India medieval y moderna. El sánscrito antiguo dispone de términos que se refieren a gente culturalmente distinta y que habita fuera del subcontinente indio, en particular, las palabras *mleccha* y *yavana*. Sin embargo, la idea de “invasiones extranjeras” implica la existencia de algo bastante diferente, a saber, los conceptos claramente modernos de nacionalidad y de un Estado que se basa de alguna forma en la soberanía popular. En otras palabras, utilizar el concepto general de “extranjero” en lugar de referirse a grupos específicos de extraños, presupone la existencia de los conceptos generales de “ciudadano” y de un “Estado-nación” al que éste pertenece. No es necesario regresar a una ideología imperialista —que pretende negar subrepticamente la existencia de una nación moderna india— para alegar que la proyección de la idea moderna de las “invasiones extranjeras” sobre la India antigua no viene al caso.

Otra falla en la descripción, en general consistente, que hace P. L. Gupta del Estado gupta es su evaluación demasiado optimista del carácter representativo del consejo administrativo asociado con el funcionario de distrito, conocido como el *vishaya-pati* en las inscripciones en placas de cobre de Damodarpur. Este consejo estaba constituido por los funcionarios llamados el *nagara-shreshthin*, el *sarthavaha*, el *prathama-kulika* y el *prathama-kayastha*, quienes en apariencia eran los jefes, respectivamente, de los grupos corporativos de los hombres de negocios, los mercaderes, los artesanos o agricultores y los escribanos. Gupta describe el consejo como “el cuerpo representativo de todas las clases de personas del *vishaya*”.¹⁵ Uno se pregunta cuál de los miembros del consejo era el representante de los chandala, a los que un peregrino

¹⁴ *Ibid.*, p. 9.

¹⁵ *Ibid.*, p. 31.

chino de la época de los gupta llamado Faxian (Fa-Hsien), describe golpeando trozos de madera al caminar "para que la gente los reconozca y los esquive, y no se ponga en contacto con ellos."¹⁶

La visión que tiene D.N. Jha de la época de los gupta como una edad de hierro tiñe inevitablemente el análisis que hace del Estado gupta, llevándolo a hacer hincapié en la "incapacidad" de éste para centralizar la autoridad política. No obstante, este punto de vista tiene por lo menos la virtud considerable de ser compatible con muchos datos históricos importantes:

La desintegración del poderío de los gupta no se puede explicar basándonos totalmente en la invasión de los hunos. Ésta fue quizá el resultado inevitable de la manera en que estaba organizado el imperio. A diferencia de los maurya, los gupta adoptaban títulos pomposos como *parameshvara*, *maharajadhiraja*, *paramabbattaraka*, etc., que sugieren la existencia de reyes menores con una autoridad considerable dentro del imperio [. . .] Tan pronto como se presentó una oportunidad, aquéllos reivindicaron su independencia y redujeron el imperio a una mera sombra.

A pesar de las similitudes superficiales con la "vaga confederación de estados" de P.L. Gupta, aquí la intención es obviamente muy distinta. Jha continúa su análisis refiriéndose al creciente carácter hereditario de la administración, a la descentralización de la autoridad administrativa debida a las donaciones de tierras "con exenciones fiscales y administrativas para los sacerdotes y templos", la "crisis del campesinado [. . .] causada por el derecho de subenfeudación que se otorgaba a los beneficiarios de las donaciones de tierras", "la imposición de trabajos forzados (*vishti*)", y la "declinación comercial [. . .] indicada por la escasez de moneda de uso común", y "la declinación de los centros urbanos, al menos en las llanuras del Ganges".¹⁷

S.R. Goyal, junto con el fallecido Devahuti, es el mejor representante de un nuevo grupo de historiadores conserva-

¹⁶ Faxian (Fa-Hsien), *A Record of Buddhistic Kingdoms*, traducido al inglés por James Legge, reimpresión, Nueva York, 1965, p. 43.

¹⁷ D.N. Jha, *Ancient India*, pp. 96-116.

dores dedicados a reformular la historiografía nacionalista para hacerla más pertinente con respecto a las realidades en el subcontinente después de la independencia y el conflicto sino-indio de 1962. Vale la pena hacer una comparación entre el estudio de D.N. Jha sobre la época de los Gupta y el de Goyal en su reciente *Gupta samrajya ka itihās* (1987) y sus otras obras sobre este periodo.¹⁸ Todos los historiadores necesariamente leen e interpretan el pasado a la luz de las experiencias de su propia época, pero algunos lo hacen de una manera más explícita que otros. Creo que tanto Goyal como Jha expresan comentarios casi directos sobre la India contemporánea a través de comparaciones implícitas entre ésta y las condiciones de la época de los gupta.

Al igual que R.K. Narain y P.L. Gupta, S.R. Goyal tiende a aceptar la evaluación de la época de los gupta como una edad de oro, pero agrega dos restricciones importantes que trastornan cualquier simple acentuación sobre el papel de las invasiones "extranjeras" en la destrucción del imperio. Goyal trata de equilibrar el papel de las invasiones exteriores con los factores internos y endógenos e indica que los más importantes de éstos fueron, primero, la descentralización política semifeudal del Imperio, y segundo, la influencia de la ideología pacifista budista. Ambos factores, según él, se combinaron con el impacto del nuevo ataque de los hunos de Toramana para acelerar el fin del imperio hacia finales del siglo V.

Pocos estudiosos comparten la preocupación de Goyal por lo que él considera los efectos nocivos del budismo.¹⁹ Veamos el siguiente pasaje del *Gupta samrajya ka itihās* (pp. 382-383):

Pero en la época de Kumara Gupta I, la sombra de la religión budista

¹⁸ S.R. Goyal, *Gupta samrajya ka itihās* (Meerut, Kusumanjali Ptakashan, 1987); *Guptakalin abhilekh* (Meerut, Kusumanjali Prakshan, 1984); *A History of the Imperial Guptas* (Allahabad, Central Book Depot, 1967). Véanse también las contribuciones de Goyal a M.C. Joshi y S.K. Gupta (comps.), *King Chandra and the Meharauli Pillar* (Meerut, Kusumanjali Ptakashan, 1989) además de sus muchos otros artículos y libros sobre el periodo antiguo.

¹⁹ Esta crítica en contra de la ideología pacifista del budismo también se refleja en su libro *Harsha and Buddhism* (Meerut, Kusumanjali Ptakashan, 1986). El propósito principal de esta obra es el de probar que Harsha *no* era un budista.

empezó a caer sobre la dinastía gupta. Como resultado, los reyes gupta empezaron a preocuparse por la adquisición del mérito en vez de por el sueño de conquistar la tierra [. . .]

Como resultado de la influencia de la religión budista, el amor por la lucha, propio de los reyes gupta y que era necesario para la defensa del imperio, prácticamente desapareció. Hemos visto que en el siglo VI, debido a las disputas internas y los ataques de los hunos, la situación del linaje gupta se volvió muy poco estable. En una época tal, la reforma del sistema imperial y de la organización militar, además del control firme de los enemigos externos e internos, eran las necesidades mayores. Sin embargo, hundido hasta el cuello en la influencia de la religión budista, Narasimha Gupta II siguió llenando su reino de *chaityas* y *viharas*. Cuando Mihirakula atacó, Narasimha inmediatamente huyó para salvar su propio "cuerpo sin valor". Aun después, cuando los reyes dependientes habían capturado al rey huno, Narasimha demostró una terrible falta de previsión cuando, por consejo de su propia madre, liberó a este peligroso enemigo con el propósito de adquirir mérito. ¿Hay acaso una mejor manifestación de la influencia perniciosa de la religión budista?

Quando se vale de estos argumentos, me parece adecuado suponer que Goyal está proponiendo una lección moral implícita para la India contemporánea. Su *bête noir* no es el budismo en sí; tampoco está principalmente pidiendo la unidad de los hinduistas frente a otras religiones, sino que más bien está dirigiendo sus flechas contra el pacifismo del budismo. ¿No está acaso pensando a la vez hacia el pasado, en los efectos supuestamente desastrosos del pacifismo budista de Ashoka, y hacia el presente, en las controversias sobre el nivel apropiado de la preparación militar contra las amenazas que se reciben de China y Pakistán? En mi opinión, este énfasis en la influencia pacifista de la ideología budista es algo exagerado. Con la excepción notable de Ashoka, no tenemos prácticamente ninguna evidencia directa de que la profesión del budismo, o del jainismo, hubiera llevado a los reyes indios antiguos a abandonar la actividad militar o a ablandar la justicia criminal. Aun el pacifismo de Ashoka, como han sostenido R. Thapar y otros, puede haber implicado más propaganda que contenido.

Sin embargo, hay un aspecto del argumento de Goyal en contra del budismo que es claramente más consistente. Se trata del papel de fuga financiera que desempeñaban las do-

naciones permanentes a los monasterios budistas en vez de pagar impuestos. Nalanda, por ejemplo, era la más grande y más famosa entre cientos de estas instituciones. Este argumento es —y Goyal así lo reconoce— un elemento clave de la teoría de R.S. Sharma sobre la “feudalización” del periodo medieval temprano. Goyal parece tener razón cuando ubica los principios de este proceso en la época gupta temprana, pero su insistencia en el papel preponderante de las instituciones budistas en este proceso parece menos justificable. A juzgar por la limitada evidencia de las inscripciones de los gupta, se ve que los templos hinduistas y las aldeas *agrahara* y *brahmadeya* donadas a grupos de brahmanes, tal vez representaran una desviación aún mayor de los impuestos por concepto de ingresos.

Otro aspecto de la tesis de la feudalización es el del papel de la ideología política y de las prácticas administrativas. Goyal observa que los modelos de perfección del *chakravartin* y del *digvijayin* permitían, e incluso alentaban, que los reyes gupta restauraran en sus tronos a los reyes menores cuyos reinos conquistaban. Esto legitimó un sistema administrativo en el que el emperador central en realidad quedaba satisfecho de ejercer un control básicamente nominal sobre gran parte de su imperio. Goyal atribuye el establecimiento de este sistema al mismo Samudra Gupta y sostiene que ésta fue “la causa principal de la caída y el fin del imperio gupta”.²⁰ Si el emperador se tambaleaba, los reyes subordinados no dudarían, y no lo dudaron, en reclamar una soberanía independiente.

La posibilidad que el profesor Goyal y otros historiadores quizá no tomen lo bastante en cuenta es que tal sistema de gobierno descentralizado podía haber sido la mejor alternativa viable, desde los puntos de vista financiero y administrativo, para el balance ecológico de la época de los gupta y, por extensión, que la existencia misma de un gran imperio como el de los gupta era una aberración inestable dentro de un sistema relativamente estable de pequeños estados regionales, que a menudo peleaban entre sí. Es posible argüir que tal sis-

²⁰ Véase *Gupta samrajya*. . . , p. 374.

tema prevaleció durante gran parte del periodo antiguo y medieval temprano de la India.

Es difícil no sospechar de nuevo en este caso que Goyal —junto con algunos aliados poco probables como R.S. Sharma y D.N. Jha— tiene en mente implícitamente las condiciones políticas actuales de la India. A fin de cuentas, el debate que ha dominado gran parte de la política india en el periodo posindependentista ha sido entre los que apoyan una autoridad gubernamental central fuerte y los que prefieren la estructura menos centralizada de un gobierno federal. También resulta un poco irónico que algunos historiadores nacionalistas del periodo medieval tardío —quienes generalmente han abogado por un gobierno central fuerte— hayan sostenido que en el siglo XVIII existía un sistema estable de estados regionales. Con este argumento pretenden contradecir las afirmaciones de los historiadores imperialistas que sostienen que los británicos simplemente entraron para llenar el vacío caótico dejado por el derrumbe de la autoridad central mogola. No obstante, es necesario tener presente que las condiciones económicas y políticas creadas por la industrialización y la soberanía popular son radicalmente diferentes de las del periodo antiguo. Mucho de lo que era cierto en aquel entonces no lo es hoy en día.

R.K. Narain, Romila Thapar, P.L. Gupta, D.N. Jha y S.R. Goyal —a pesar de todas sus diferencias— son cuatro de los mejores historiadores contemporáneos de la India antigua. Cuando nos dirigimos a talentos menores, como Arun Bhattacharjee, la evaluación del Estado gupta puede transformarse en un despropósito cómico. Consideremos lo siguiente:²¹

En las manos de los gupta se alcanzó la perfección imperial y su administración fue mejor que la de los maurya. La administración gupta fue más perfecta que la de los británicos, dado que el dominio británico vino de afuera en tanto que la administración gupta vino de adentro. [. . .] El imperio gupta era más extenso que el imperio maurya y, por lo tanto, era más imponente y burocrático. [. . .]

No cabe duda de que era un Estado benéfico y que los gupta in-

²¹ Arun Bhattacharjee, *History of Ancient India*, Nueva Delhi 1982 [1979], pp. 275-279.

tentaron el desarrollo cabal de los ciudadanos. Más importante aún, aunque el rey pareciera un monarca absoluto, nunca fue autocrático. [. . .] El rasgo más notable de la administración gupta fue la forma democrática de gobierno, que formaba parte integral de la administración imperial [. . .] La administración gupta representa una mezcla extraordinaria de los mejores ideales de la monarquía, la democracia y la federación en funcionamiento armonioso y cooperativo.

¿Qué se puede decir frente a esto? Es difícil imaginar una "mezcla más extraordinaria" que ésta.

A menos que los historiadores de la India antigua puedan romper la persistente influencia ideológica de los modelos de la edad de oro y de la edad de hierro y aprendan a conceptualizar mejor la naturaleza del Estado gupta, no será posible hacer un avance significativo en el análisis de la historia política del periodo de los gupta y de otras épocas de la historia antigua de la India. La historia política, al igual que la historia económica, religiosa y social, deben tratarse como una lucha por el poder entre intereses individuales e institucionales en competencia, y no como un registro de las victorias y derrotas de emperadores magníficos o de déspotas crueles. Sin duda, algunos reyes y algunas épocas han sido mejores que otros, pero debería resultar obvio que la tarea principal de los historiadores académicos es la de entender el pasado, no la de hacer juicios morales sobre él. Los historiadores de la India antigua tendrán que aprender a abstenerse de hacer extrapolaciones detalladas y a la postre ridículas con base en datos inadecuados, a la vez que tendrán que intentar colocar los datos disponibles en marcos conceptuales más complejos y fructíferos.